

GLOBALISMO, GLOBALIDAD Y PODER:

UNA CRÍTICA DESDE LA TRANSICIÓN HACIA EL ORDEN MULTIPOLAR

MAGISTER, MAURICIO RAMÍREZ NÚÑEZ



Globalismo, globalidad y poder: una crítica desde la transición hacia el orden multipolar

Magister, Mauricio Ramírez Núñez



Voluntad y pensamiento

Costa Rica, 2026

Índice

Resumen.....	4
Palabras clave.....	4
Introducción.....	4
I. Fundamento conceptual: definiendo el globalismo.....	5
II. Globalidad: condición estructural del mundo contemporáneo	8
III. Las raíces ideológicas de la nueva ideología globalista	8
<i>La raíz liberal del globalismo</i>	<i>9</i>
<i>Anticlericalismo y ruptura con lo trascendente</i>	<i>10</i>
<i>Posmodernidad y deconstrucción: ¿fase avanzada o era de la disolución? ...</i>	<i>13</i>
IV. Breve mirada al caso costarricense: la convergencia de los partidos políticos tradicionales.....	16
V. Dimensión geopolítica del globalismo: su funcionalidad al orden unipolar y el surgimiento multipolar	18
<i>Costa Rica y los límites de su política exterior</i>	<i>21</i>
<i>América Latina y el Caribe en la encrucijada</i>	<i>22</i>
<i>Superar el globalismo, regresar a lo propio.....</i>	<i>24</i>
Conclusión.....	25
Referencias.....	27

Resumen

Este artículo analiza el globalismo como una ideología que, en el marco de la globalización, ha terminado por configurar una matriz dominante en Occidente, caracterizada por el individualismo, la homogeneización cultural y la proyección de un modelo universal de organización política y social. A partir de la definición de globalismo del sociólogo costarricense Rodolfo Cerdas Cruz, se plantea que esta ideología ha contribuido a erosionar las tradiciones y las identidades históricas, reduciendo la noción de libertad a dinámicas de consumo y adaptación. Frente a ello, se destaca el surgimiento de la multipolaridad como una oportunidad para recuperar el pluralismo civilizacional y reequilibrar el orden internacional, permitiendo la coexistencia de distintos modelos de desarrollo y formas de organización de las sociedades. Finalmente, el texto examina cómo, en el caso costarricense y latinoamericano, la clase política ha tendido a alinearse con esta matriz globalista, limitando su capacidad de análisis crítico y de comprensión del nuevo contexto geopolítico.

Palabras clave

Globalismo, Globalización, Globalidad, Occidente, Ideología, Geopolítica, América Latina, Multipolaridad, Unipolaridad, Poder.

Introducción

En el tránsito del siglo XX al XXI, el sistema internacional ha experimentado transformaciones profundas que no pueden ser comprendidas únicamente desde las categorías tradicionales de la geopolítica o la economía. La intensificación de la interconexión global, la aceleración tecnológica y la simultaneidad de los fenómenos han configurado una nueva condición histórica: la globalidad. Sin embargo, sobre esa base objetiva se ha erigido también una construcción ideológica específica, el globalismo, que ha pretendido no solo interpretar ese proceso, sino orientarlo, legitimarlo y, en muchos casos, imponerlo como horizonte único del desarrollo humano.

Esta distinción entre globalidad y globalismo no es menor. Mientras la primera describe una realidad estructural ineludible, la segunda responde a una matriz doctrinaria que, anclada en el universalismo liberal de Occidente, ha buscado proyectar un modelo homogéneo de organización política, económica y cultural a escala planetaria. Durante las décadas posteriores al fin de la Guerra Fría, esta visión alcanzó su punto de máxima expansión, presentándose como la culminación del proceso histórico y como un orden incuestionable.

No obstante, ese aparente consenso ha comenzado a resquebrajarse. Las tensiones acumuladas por la imposición de un modelo único, las asimetrías generadas por la globalización y la persistencia de identidades históricas y civilizacionales han dado lugar a una reconfiguración del poder global. En este nuevo escenario, la emergencia de una dinámica multipolar no debe entenderse como una anomalía o una ruptura caótica, sino como una respuesta estructural frente a los límites del globalismo como ideología dominante.

El presente análisis se sitúa precisamente en ese punto de inflexión. A partir de una lectura crítica de la relación entre globalismo, globalidad y poder, se propone examinar cómo la transición hacia un orden multipolar no solo redefine las relaciones internacionales, sino que abre la posibilidad de cuestionar las bases mismas del paradigma que ha dominado Occidente en las últimas décadas. Se trata, en última instancia, de comprender que lo que está en juego no es únicamente la distribución del poder entre Estados, sino la disputa por el sentido, la legitimidad y la forma de organizar la vida en común en un mundo crecientemente interdependiente, pero irreductiblemente plural.

I. Fundamento conceptual: definiendo el globalismo

En los últimos años han proliferado estudios y análisis sobre el globalismo, particularmente desde sectores identificados con lo que suele denominarse la “nueva derecha”, con autores como Agustín Laje, entre sus exponentes más visibles. Si bien estos aportes han contribuido a posicionar el tema en el debate público, en muchos casos no logran agotar su complejidad, en la medida en que tienden a enmarcar la crítica al globalismo principalmente como una herramienta de confrontación política contra la izquierda.

De este modo, reproducen bajo nuevas formas la misma lógica binaria heredada de la Guerra Fría, reduciendo un fenómeno estructural a una disputa ideológica entre polos que, como se ha argumentado, comparten más elementos de los que aparentan. Este enfoque no solo limita la profundidad del análisis, sino que dificulta la comprensión del globalismo como una matriz ideológica transversal, operante más allá de las categorías tradicionales de izquierda y derecha.

Al inscribirse en esa dinámica, se termina alimentando una confrontación que, lejos de contribuir a la superación de la crisis contemporánea, la reproduce y la instrumentaliza al servicio de intereses que no necesariamente responden a las realidades concretas de nuestras sociedades.

Por ello, para establecer una base conceptual más rigurosa y menos condicionada por estas disputas, se recurrirá al trabajo de Rodolfo Cerdas, quien desde hace más de una década abordó con profundidad analítica el fenómeno del globalismo, sus implicaciones y sus alcances tanto para Costa Rica como para el sistema internacional. Su enfoque permite situar la discusión en un plano más estructural, alejándola de simplificaciones ideológicas y aportando herramientas más sólidas para su comprensión.

En el panorama intelectual costarricense de las últimas décadas, la figura de Rodolfo Cerdas destaca con una solidez poco común: académico riguroso, analista político de largo aliento y actor comprometido con la vida pública nacional. Su trayectoria combina la investigación sociopolítica con la reflexión estratégica sobre el Estado, la democracia y la inserción internacional de Costa Rica. A lo largo de su carrera, fue reconocido por su capacidad para interpretar fenómenos complejos sin caer en simplificaciones ideológicas, lo que le otorgó un lugar de respeto tanto en la academia como en la esfera política del país.

En 2010 publicó una de sus obras más relevantes; *Costa Rica en la encrucijada*, donde abordó con notable anticipación los efectos estructurales de la globalización sobre la identidad, la democracia y la soberanía costarricense. En ese trabajo, Cerdas no solo analizó la transformación del sistema internacional y sus impactos internos, sino que introdujo con precisión conceptual una distinción

que hoy resulta central para entender los fenómenos ideológicos actuales: la diferencia entre globalización, globalidad y globalismo.

Este último término, aún hoy discutido e incluso desestimado por sectores del statu quo académico, que tienden a asociarlo de forma reductiva con discursos marginales o conspirativos, fue definido por Cerdas desde un enfoque estrictamente analítico, desprovisto de caricaturas ideológicas. Su aporte consiste precisamente en haber identificado tempranamente que no todo lo global es neutral, y que existe una dimensión interpretativa y normativa que busca orientar ese proceso.

En palabras del propio Cerdas (2010, p76):

“El globalismo no se refiere al proceso objetivo universal que tiene lugar hoy y que aquí se denomina globalización. Aborda, por el contrario, su manifestación ideológica, es decir, lo referente a su explicación, defensa, análisis, crítica y propuestas correctivas de sus alcances y significados.”

Esta definición resulta crucial porque delimita con claridad el campo de discusión, la globalización como fenómeno histórico no está en cuestión, lo que sí lo está es la construcción ideológica que pretende explicarla, legitimarla y, en muchos casos, imponer históricamente una determinada dirección a su desarrollo.

A partir de este punto, es posible articular un análisis más amplio que integre dos dimensiones complementarias. Por un lado, la dimensión cultural e ideológica del globalismo como matriz liberal, moderna, racionalista y posteriormente deconstructiva, y por otro, su expresión geopolítica en un mundo que, lejos de consolidar una homogeneidad estable, se encamina hacia una reconfiguración del poder marcada por la emergencia de múltiples polos, el retorno de la soberanía y la fragmentación del orden internacional.

Ambas dimensiones, lejos de ser contradictorias, forman parte de un mismo proceso histórico: la tensión entre un proyecto de universalización ideológica y la resistencia estructural de las realidades políticas y civilizacionales que buscan reafirmar su autonomía en el siglo XXI.

II. Globalidad: condición estructural del mundo contemporáneo

Cerdas describe la globalidad como una condición histórica en la que todos los fenómenos económicos, políticos, culturales o incluso naturales adquieren inmediatamente una dimensión planetaria. La simultaneidad de los acontecimientos y su impacto transversal eliminan las antiguas fronteras analíticas entre lo local y lo global (Cerdas, 2010, p 74).

En este sentido, la globalidad no es ideología, sino estructura: un marco dentro del cual operan los procesos humanos. La interdependencia de los sistemas productivos, la transformación de la soberanía estatal y la reconfiguración del poder son consecuencias inevitables de esta condición. Sin embargo, esta base objetiva es el terreno sobre el cual se construye algo distinto: una interpretación interesada de esa realidad. Aquí es donde el globalismo surge como ideología.

El propio Cerdas define el globalismo como la elaboración ideológica que busca explicar, justificar e impulsar la globalización según intereses específicos. Aquí se produce el giro clave: lo que es un fenómeno histórico se convierte en un proyecto político de dominación con alcance planetario.

El globalismo no se limita a describir la interconexión del mundo, sino que la legitima como inevitable, deseable y, en muchos casos, moralmente superior. Bajo esta lógica, los costos sociales, económicos o culturales del proceso son reinterpretados como “necesarios” dentro de una narrativa de progreso, dice Cerdas, al referirse a los ideólogos más importantes de esta tendencia en aquel momento.

III. Las raíces ideológicas de la nueva ideología globalista

Es precisamente en este punto donde el globalismo deja de presentarse como un mero marco interpretativo y revela su carácter propiamente doctrinario. La cuestión que se abre entonces no es menor: ¿en qué consiste, en términos concretos, esta ideología? ¿Cuáles son sus fundamentos, sus mecanismos de reproducción y sus expresiones en un contexto histórico que, tras el supuesto “fin de la historia”, proclamó también la superación de las ideologías?

Responder a estas preguntas implica ir más allá de sus manifestaciones superficiales y examinar la arquitectura intelectual que le da sustento, así como las formas en que se inserta y se normaliza en las dinámicas culturales, políticas y económicas del mundo contemporáneo.

La raíz liberal del globalismo

El globalismo contemporáneo se inscribe dentro de la tradición de la Ilustración liberal moderna. Su núcleo conceptual es el individuo abstracto, desligado de comunidades orgánicas, tradiciones o estructuras trascendentes.

Este rasgo se manifiesta en tres dimensiones clave:

- ✓ *Individualismo radical*: el sujeto se convierte en unidad primaria absoluta, desplazando identidades colectivas históricas;
- ✓ *Racionalismo cartesiano*: la realidad social es concebida como susceptible de ser rediseñada mediante ingeniería institucional y técnica;
- ✓ *Universalismo abstracto*: se pretende imponer modelos homogéneos válidos para todas las culturas y contextos.

Esta matriz intelectual conduce inevitablemente a una tensión con las estructuras tradicionales, en particular con aquellas de carácter religioso y con formas de organización social que históricamente han sostenido la cohesión comunitaria, como la familia. En este marco, se configura una lógica orientada a la progresiva emancipación del individuo respecto de todo vínculo, compromiso o pertenencia, entendidos como formas de limitación u opresión.

La consecuencia es una concepción de la libertad cada vez más desvinculada de marcos relacionales y comunitarios, donde la autonomía individual se erige como criterio supremo, incluso a costa de erosionar los fundamentos que hacen posible la vida social compartida.

Se trata de una concepción de la libertad progresivamente reducida a la capacidad de elegir dentro del mercado: libertad de comprar, de consumir, de acceder. En ese tránsito, se pasa de la figura del ciudadano, inserto en una comunidad política, a la del individuo aislado, y de ahí al consumidor integrado en un mercado global. El resultado es una masa sin forma, fragmentada en unidades aparentemente autónomas, pero que reproducen patrones

homogéneos de consumo, orientados a satisfacer necesidades en gran medida inducidas por el propio sistema.

En esta línea, César de Vicente Hernando describe al sujeto contemporáneo como un *ermitaño de masas*: una paradoja donde individuos aislados, desconectados entre sí en términos reales, participan simultáneamente en dinámicas colectivas de consumo que los uniforman. No hay comunidad, pero tampoco verdadera individualidad; hay, más bien, una agregación de compradores que consumen lo mismo para responder a impulsos similares.

Así, lo que se presenta como libertad absoluta termina configurando una forma renovada de sujeción. No se trata de una coerción visible, sino de una modulación constante de comportamientos, emociones y percepciones a través de los medios de comunicación, el entorno digital y las redes sociales.

En este contexto, el individuo, ya desarraigado de estructuras tradicionales de pertenencia, pierde también referencias como el sentido de comunidad o incluso de pertenencia territorial. Al carecer de vínculos profundos, se vuelve plenamente intercambiable: puede ser desplazado, reubicado o sustituido según las necesidades del sistema económico, sin que ello genere una resistencia significativa, precisamente porque el arraigo, condición básica de toda estabilidad humana, ha sido previamente erosionado.

Anticlericalismo y ruptura con lo trascendente

El globalismo, en su raíz ilustrada, mantiene un impulso anticlerical. No necesariamente en forma de persecución abierta, sino mediante la progresiva marginalización de lo religioso como fuente legítima de orden social. La trascendencia es sustituida por normativas construidas desde consensos técnicos o morales contingentes. Esto genera una secularización radical que no solo separa más lo espiritual de lo político y la vida cotidiana, sino que redefine la propia noción de verdad.

En ese vacío dejado por la erosión de las formas religiosas tradicionales, no se produce un retorno a lo sagrado en sentido pleno, sino la proliferación de sucedáneos espirituales característicos de la modernidad tardía. Surgen así múltiples corrientes de espiritualidad difusa frecuentemente etiquetadas como

new age y *autoayuda* que, lejos de reconectar con principios trascendentes, radicalizan el mismo individualismo que sustenta al globalismo. Se trata de una espiritualidad centrada en la experiencia subjetiva, en el bienestar personal y en la autoafirmación, desligada de toda estructura metafísica objetiva, de toda tradición viva y de toda dimensión comunitaria.

En este contexto, la importación acrítica por parte de Occidente de ciertos principios provenientes de religiones orientales ha desempeñado un papel relevante en la configuración de síntesis problemáticas. Lo que en sus tradiciones de origen responde a estructuras metafísicas, sociales e históricas coherentes, al ser descontextualizado y reinterpretado desde claves individualistas y mercantiles, termina generando combinaciones disonantes entre capitalismo y una lectura superficial de dichos principios. El resultado no ha sido una superación de la crisis espiritual occidental, sino su profundización en forma de crisis antropológica.

El problema de fondo radica en que los sistemas simbólicos no son intercambiables como si se tratara de piezas aisladas. Al adoptar elementos de otras culturas sin comprender integralmente sus fundamentos, también se importan de manera implícita sus tensiones, contradicciones y condicionamientos históricos. No se trata simplemente de “tomar lo mejor” de cada tradición, porque esos elementos solo adquieren sentido dentro de un entramado civilizacional específico.

Así, mientras se rechazan las propias tradiciones por considerarlas arcaicas, se incorporan otras igualmente complejas, con sus propios límites y problemáticas, pero sin el arraigo necesario para integrarlas de forma orgánica. Al mezclarlas con el sustrato liberal dominante, se configura una síntesis inestable: una espiritualidad desarraigada, sin continuidad histórica ni coherencia interna.

Aquí se viene a la mente la idea de cosmopolitismo contemporáneo. Aunque con raíces filosóficas antiguas, ha sido reconfigurada como parte del mismo entramado ideológico del globalismo, dejando de ser una aspiración ética universal para convertirse en un dispositivo funcional a la homogeneización cultural. En su versión actual, desvincula al individuo de sus raíces históricas y

comunitarias, relativiza las tradiciones como opciones intercambiables y promueve una identidad abstracta plenamente compatible con la lógica del mercado global.

En este proceso, lo sagrado que en su origen estructuraba de manera orgánica a las civilizaciones es reducido a experiencia subjetiva, recurso simbólico o incluso mercancía cultural, siendo despojado de su función trascendente. Así, más que integrar auténticamente las diferencias, este cosmopolitismo tiende a subordinarlas, operando como un mecanismo que disuelve lo particular en favor de una uniformidad adaptable, móvil y profundamente desarraigada.

Como advierte Joseph Campbell, es como pretender “vestirse” simbólicamente de otra civilización: adoptar formas externas sin encarnar su contenido profundo. En ese proceso, el individuo se desvincula de su propio horizonte cultural, deja de interpretar los símbolos desde su condición concreta y pasa a utilizarlos como instrumentos de evasión o transformación artificial de sí mismo. Pero los sistemas simbólicos no operan eficazmente cuando se los arranca de su suelo originario.

Este fenómeno no es nuevo. Ya se evidenció en el ámbito político durante el siglo XX, cuando numerosos países en vías de desarrollo importaron modelos institucionales e ideológicos diseñados para realidades completamente distintas. El resultado fue, en muchos casos, la ineficacia estructural, el fracaso político y económico o en el peor de los casos, regímenes enemigos del pueblo: sistemas que no lograban enraizar porque no respondían a las condiciones históricas, sociales y culturales propias.

La lección es clara: ni en lo político ni en lo espiritual las formas pueden trasplantarse mecánicamente. Cuando se intenta hacerlo, lo que se produce no es síntesis, sino desarticulación, desintegración. ¿Será acaso ese el objetivo final del globalismo?

Desde una perspectiva más profunda, esto no representa una verdadera superación del secularismo, sino su fase terminal: una “espiritualidad sin Dios”, donde lo sagrado es reemplazado por estados emocionales, técnicas de

autorrealización o construcciones psicológicas. Lo trascendente y la búsqueda de la verdad y la sabiduría deja de ser un principio rector externo y superior al individuo, para convertirse en una proyección inmanente de la propia conciencia.

Este fenómeno implica varias rupturas fundamentales:

- ✓ La disolución de la idea de verdad como algo absoluto y supraindividual, la era de la dictadura del relativismo no se supera;
- ✓ La pérdida de toda jerarquía espiritual objetiva;
- ✓ La reducción de lo sagrado a una experiencia privada y subjetiva;
- ✓ La desvinculación entre espiritualidad, comunidad y orden social.

En lugar de religar al ser humano con un orden superior, función esencial de toda tradición espiritual auténtica, estas corrientes lo repliegan sobre sí mismo, reforzando el aislamiento existencial del individuo moderno. Paradójicamente, bajo una apariencia de búsqueda espiritual, se consolida una forma más sutil de materialismo: no ya centrado en lo económico, sino en lo psicológico.

De este modo, el globalismo no solo reconfigura las estructuras políticas y económicas, sino también el horizonte espiritual de las sociedades. Al debilitar las bases trascendentes del orden, abre paso a formas de pseudo-espiritualidad que, lejos de oponerse al sistema, resultan plenamente funcionales a él, al neutralizar cualquier posibilidad de arraigo, de continuidad tradicional o de resistencia basada en principios superiores.

Posmodernidad y deconstrucción: ¿fase avanzada o era de la disolución?

Paradójicamente, el globalismo no se detiene en el racionalismo moderno, sino que evoluciona para adaptarse e integrarse en la lógica posmoderna. Aquí emerge una tensión estructural inquietante: un sistema que nace del racionalismo moderno orientado al orden, la coherencia y la universalidad, termina incorporando herramientas posmodernas como la deconstrucción, que tienden a disolver certezas, identidades y estructuras, lo cual se traduce, efectivamente en:

- ✓ Disolución de identidades estables;
- ✓ Relativización de valores;
- ✓ Fragmentación del sentido.

En este punto resulta pertinente traer a colación la reflexión de Zygmunt Bauman sobre la llamada “modernidad líquida”. Para Bauman, la fase actual de la modernidad o posmodernidad, se caracteriza precisamente por la disolución de estructuras sólidas: identidades, instituciones, vínculos y marcos de sentido dejan de ser estables para volverse flexibles, cambiantes y transitorios (Bauman, 2015). La permanencia cede ante la fluidez, y la incertidumbre se convierte en condición normal de la vida social.

Lo relevante, en el marco de este análisis, es que el globalismo no solo convive con esta lógica, sino que la adopta y la integra como parte de su propia normalidad. La fluidez identitaria, la relativización de valores y la fragmentación del sentido dejan de ser fenómenos espontáneos para convertirse en condiciones funcionales a un sistema que requiere sujetos adaptables, móviles y desvinculados. Así, lo que Bauman describe como diagnóstico de época, el globalismo lo incorpora como principio operativo, consolidando un orden donde la inestabilidad no es una crisis a resolver, sino un estado a gestionar.

En esta fase, el globalismo ya no se limita a organizar el mundo material, sino que avanza sobre la reconfiguración de las estructuras simbólicas. Al consolidarse como la ideología dominante tras el fin de la Guerra Fría, establece el marco dentro del cual se articulan incluso sus aparentes oposiciones. De ahí que pueda hablarse de dos expresiones de una misma matriz: lo *woke*¹ y el neoliberalismo ortodoxo. Lejos de constituir antagonismos reales, estos polos ideológicos contemporáneos operan como manifestaciones complementarias del globalismo, compartiendo fundamentos comunes, aunque se expresen en registros distintos.

- ✓ La izquierda “woke” o marxismo cultural: enfatiza la deconstrucción identitaria, la política de reconocimiento y la reingeniería cultural desde una perspectiva moralizante;

¹ El término “woke” hace referencia a un marco cultural e ideológico caracterizado por la centralidad de la identidad individual, el género, la deconstrucción de normas tradicionales y la reinterpretación constante de valores y estructuras sociales, operando como un dispositivo cultural manipulable que busca redefinir el lenguaje, las relaciones sociales y los criterios de legitimidad pública. Su énfasis en la subjetividad y la reivindicación identitaria lo convierte en una de las expresiones más visibles de las dinámicas posmodernas dentro del contexto global contemporáneo.

- ✓ El neoliberalismo ortodoxo: impulsa la desregulación total, la primacía del mercado y la subordinación de lo social a la lógica económica.

Ambos comparten fundamentos comunes que, lejos de oponerse, revelan una misma matriz ideológica subyacente: el universalismo liberal, entendido como la primacía de la elección individual elevada a principio absoluto, donde el sujeto se asume autónomo para decidir sobre todos los ámbitos de su existencia, desde su identidad personal (ser hombre, mujer, religioso o ateo) hasta sus decisiones económicas (emprender, privatizar, comercializar su trabajo o incluso su propio cuerpo).

Bajo esta lógica, los mismos principios que ciertos sectores de izquierda invocan para legitimar decisiones como el aborto, la eutanasia o el matrimonio igualitario, son los que el liberalismo económico utiliza para justificar la privatización de lo público y la mercantilización de bienes comunes. A ello se suma un individualismo radical que desplaza cualquier referencia comunitaria, una progresiva desvinculación de las tradiciones como marcos de sentido, y una homogeneización cultural que, bajo la apariencia de diversidad, termina produciendo sujetos funcionalmente similares dentro de un mismo sistema global. De esta manera, el conflicto aparente entre izquierda y derecha contemporánea oculta una convergencia estructural.

Este globalismo liberal tanto en su expresión de izquierdas como de derechas ha pasado a proyectarse, ante el mundo no occidental, como una suerte de “*gestor de virtudes*”: una instancia que se percibe a sí misma como depositaria de una verdad universal y, por ende, con la autoridad moral suficiente para erigirse en referente e incluso en juez frente a otras culturas y civilizaciones. Desde esta perspectiva, aquellas realidades que no encajan en su esquema son interpretadas como formas “incompletas” o “inmaduras” de conciencia que deben ser corregidas, orientadas o superadas.

Ahí radica el verdadero riesgo de esta ideología: su carácter totalizante. No se presenta como ideología, y precisamente por eso resulta más eficaz, ni se impone mediante mecanismos disciplinarios explícitos como las doctrinas del pasado. Opera, en cambio, a través de la seducción, de la internalización y de la promesa constante de libertad. No ordena: persuade. No prohíbe: redefine. No

reprime: reconfigura los marcos de sentido desde los cuales los individuos creen elegir libremente.

Su fuerza no está en la coerción visible, sino en su capacidad para moldear subjetividades, para establecer qué es deseable, legítimo o incluso pensable, sin necesidad de recurrir a la imposición directa. Y es precisamente en esa sutileza en esa apariencia de liberación que encubre una profunda homogeneización y carácter autoritario, donde se encuentra su mayor poder y su mayor peligro.

IV. Breve mirada al caso costarricense: la convergencia de los partidos políticos tradicionales

En Costa Rica, esta lógica se expresa con claridad en la evolución de los partidos políticos tradicionales en los últimos veinte años. Bajo narrativas distintas, formaciones como Liberación Nacional, la Unidad Social Cristiana y Acción Ciudadana han terminado operando dentro de un mismo marco ideológico de corte globalista. Sus diferencias son, en gran medida, de forma más que de fondo.

Resulta ilustrativo observar cómo esta convergencia se ha expresado de manera diferenciada en los principales partidos del país. En el caso del Partido Liberación Nacional, se ha tendido a adoptar una fórmula que combina apertura económica con progresismo en lo social, alineándose así con los ejes centrales de la agenda globalista liberal en su vertiente contemporánea.

No obstante, esta orientación ha permanecido en buena medida en el plano programático y discursivo, en tanto no ha contado recientemente con las condiciones de ejercicio del poder necesarias para desplegarla plenamente. Por su parte, el Partido Acción Ciudadana sí llevó esta lógica a la práctica durante sus dos administraciones, impulsando en la medida de sus capacidades y límites políticos una agenda que articuló reformas económicas con transformaciones culturales e institucionales coherentes con ese mismo marco ideológico. De este modo, más allá de sus trayectorias y matices, ambos partidos reflejan una inserción en una misma matriz de referencia, aunque con distintos grados de implementación efectiva.

En ese mismo plano, las agendas incorporadas en los procesos de formación política e ideológica de ambas agrupaciones han tendido a converger en referentes similares, particularmente en marcos como la llamada Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible y en una interpretación de los derechos humanos alineada con los estándares promovidos por organismos internacionales liderados por Occidente.

Más que desarrollar una lectura crítica de ese orden liberal, la orientación predominante ha sido la de adaptarse a él, internalizar sus categorías y proyectarse dentro de sus parámetros. En este contexto, tanto el Partido Liberación Nacional como el Partido Acción Ciudadana han terminado compitiendo, en cierta medida, por posicionarse como los más consistentes en la adopción de esa matriz globalista.

Por su parte, la Unidad Social Cristiana ha mantenido una postura relativamente más conservadora en el plano social, pero acompañada de una orientación marcadamente liberal en lo económico, lo que igualmente la inserta, aunque con matices, dentro del mismo marco estructural.

En ese contexto, amplios sectores de la población, más concretamente, los “perdedores de la globalización”, afectados tanto por decisiones económicas que han profundizado brechas sociales como por agendas culturales percibidas como ajenas o prioritarias para minorías, han experimentado una creciente sensación de exclusión.

Temas como la agenda de género, el simbolismo asociado a la bandera LGBT en espacios institucionales o el matrimonio igualitario, más allá de su legitimidad en determinados marcos, han sido interpretados por parte de la ciudadanía como desconectados de sus preocupaciones materiales inmediatas. Esta percepción, sumada a políticas económicas vinculadas a tratados de libre comercio, procesos de privatización y dinámicas que muchos asocian con una gestión desigual de los recursos nacionales, ha erosionado la confianza en las élites políticas tradicionales.

El resultado ha sido un desplazamiento del apoyo hacia alternativas de carácter populistas conservadoras, que canalizan el malestar acumulado frente a una clase dirigente percibida como distante, corrupta y orientada ya sea hacia

intereses económicos concentrados o hacia agendas culturales específicas. De este modo, la crisis no se limita al plano económico o institucional, sino que adquiere también una dimensión cultural e identitaria: una fractura entre sectores que no se sienten representados por el rumbo del país y un modelo que, durante años, se presentó como incuestionable bajo la promesa implícita de un orden global definitivo, casi como si se tratara del “fin de la historia”.

Incluso sectores que se presentan como alternativa, como el Frente Amplio, han terminado incurriendo en una adopción en buena medida acrítica de agendas culturales globales provenientes de los centros hegemónicos y geopolíticos a los que, en el plano discursivo, dicen resistir. Si bien es el único partido con una identidad claramente definida hacia la izquierda con un perfil latinoamericanista, feminista y antiimperialista, y con una defensa consistente de lo público y del papel del Estado, en la práctica ha incorporado elementos centrales de la agenda globalista liberal en su vertiente cultural, particularmente en su expresión woke.

Esta tensión genera una contradicción difícil de sostener: mientras en el plano económico y social articula propuestas que buscan proteger bienes públicos y reducir desigualdades, en el ámbito cultural adopta marcos que amplios sectores de la población perciben como ajenos a la tradición costarricense y desconectados de sus prioridades concretas.

Como resultado, parte del potencial político de su propuesta se diluye, ya que aquello que podría consolidarse como una alternativa sólida en la defensa del Estado y lo común, se ve debilitado por una agenda cultural que no logra enraizar ni generar identificación en las mayorías.

V. Dimensión geopolítica del globalismo: su funcionalidad al orden unipolar y el surgimiento multipolar

En el plano internacional, el globalismo se articula con la persistencia de estructuras de poder heredadas del orden unipolar occidental, tras la caída del socialismo real con la URSS en 1991. La homogeneización ideológica provocada por estos acontecimientos históricos facilitaron una vez más la proyección de influencia y la legitimación de intervenciones bajo discursos universalistas. De este modo, sino se presta atención a los detalles, en términos geopolíticos,

movimientos que se perciben como contestatarios pueden terminar reforzando dinámicas de dominación global.

La actual crisis política, cultural y social, puede interpretarse como resultado de esta tensión entre: una globalidad objetiva, inevitable y estructural que tiende a fragmentarse y un globalismo ideológico, contingente y disputable por civilizaciones ajenas a Occidente que aún conservan mucho de sus raíces tradicionales.

Si la globalidad constituye la condición objetiva del mundo contemporáneo, y el globalismo su apropiación ideológica en clave liberal-universalista, entonces la multipolaridad debe entenderse como la respuesta histórica emergente frente a ese intento de homogeneización absoluta.

La historia del poder global no es estática, es una secuencia de transiciones, de ascensos y declives, de órdenes que se consolidan y eventualmente se erosionan. Ninguna hegemonía ha sido eterna, y el orden unipolar liderado por Estados Unidos y Europa, y sostenido bajo la promesa del neoliberalismo global ha llegado a su límite histórico.

Durante décadas, este orden se presentó como el destino final de la humanidad, una suerte de culminación del desarrollo político y económico. Sin embargo, lo que hoy observamos no es su consolidación, sino su agotamiento. Las guerras que vivimos son producto de ello. La globalización, lejos de integrar de manera equitativa a las naciones, terminó profundizando asimetrías y concentrando el poder en unos pocos centros de decisión, tal y como muchos académicos lo advirtieron en su momento, incluido el costarricense Rodolfo Cerdas.

En este contexto comienza a emerger la multipolaridad. No como una anomalía o una ideología, ni como una disrupción inesperada, sino como la consecuencia natural del ascenso de potencias capaces de disputar el monopolio occidental en la toma de decisiones globales. Países como China, Rusia e India en lo global, mientras que Brasil, Turquía o Irán en lo regional, han acumulado suficiente peso económico, político y militar como para redefinir el equilibrio internacional. El nacimiento de los BRICS es el mejor ejemplo de esto.

Sin embargo, este proceso no debe ser idealizado. El fin de la unipolaridad no implica automáticamente la llegada de un orden más justo o cooperativo. La multipolaridad, en su fase actual, es un campo de disputa. Un espacio en el que distintas potencias buscan no solo participar, sino definir las reglas del nuevo sistema internacional. El mundo se encuentra, así, ante una confrontación que es a la vez existencial y simbólica frente a un orden que amplios sectores perciben como excluyente.

Más allá de las narrativas, lo que está en juego es la reconfiguración del poder global. En este escenario, el globalismo en tanto ideología, como la describe Cerdas, deja de ser un marco interpretativo neutral y asume un rol activo dentro de un bando geopolítico específico, funcionando como criterio político y moral para clasificar a los actores internacionales entre quienes estarían del “lado correcto” o “incorrecto” de la historia, según sus propios parámetros e intereses.

Bajo esta lógica, aquellos que no se ajustan al molde occidental de democracia liberal, discurso estandarizado de derechos humanos, economía de mercado o incluso formas de organización coherentes con sus propias tradiciones, son rápidamente etiquetados como Estados problemáticos u hostiles al llamado “mundo libre”. La misma lógica colonial de siempre, solo que con un discurso progresista.

A partir de ahí, se reactiva un viejo patrón histórico: la legitimación de intervenciones directas o indirectas bajo la premisa de “liberar” a otros de sus supuestas tiranías. Es en ese punto donde el globalismo despliega su dimensión como *gestor moral*, reproduciendo, con nuevos lenguajes, una lógica ya conocida: en nombre de la civilización y del progreso, se justifica la imposición, la desestabilización y, en no pocos casos, la destrucción de realidades que no encajan en su esquema.

En paralelo, se libra una intensa batalla narrativa. Desde ciertos centros de poder occidental, la multipolaridad es presentada como sinónimo de caos, ideología y como una “ley de la selva” donde las potencias emergentes actuarían sin reglas ni límites. Esta construcción discursiva dista de ser inocente: busca generar temor y desconfianza, particularmente en los países del Sur Global y sus academias apegadas al logos eurocéntrico, para preservar la legitimidad del

orden unipolar saliente y frenar la consolidación de un sistema internacional más plural. En este sentido, el globalismo no solo opera como herramienta de proyección ideológica hacia el exterior, sino también como mecanismo de contención frente a cualquier intento de redistribución real del poder a escala global.

Costa Rica y los límites de su política exterior

“Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”
Ludwig Wittgenstein.

Precisamente debido a la internalización del globalismo como ideología dominante, es que en países como Costa Rica la mayoría de los partidos políticos, por no decir todos, más allá de sus diferencias internas permanecen anclados a un marco de referencia occidental que limita su capacidad de análisis autónomo en el plano geopolítico. Esta condición dificulta el desarrollo de una lectura crítica, no ideologizada, de los asuntos internacionales y de actores que no se inscriben plenamente en ese paradigma, como China, Rusia, India o Turquía, por citar algunos.

En el caso del Frente Amplio, las excepciones que introduce en su análisis internacional responden más a afinidades ideológicas que a un enfoque propiamente realista. En el fondo, comparte buena parte de los supuestos doctrinales del globalismo en términos de los códigos culturales dominantes en Occidente, y tiende también a reproducir críticas hacia aquellos actores que el propio eje geopolítico occidental cuestiona, ya sea por su carácter teocrático o por sus restricciones en materia de derechos humanos.

Sin embargo, lo que resulta más problemático es la ausencia de una visión programática coherente en política exterior: una estrategia que articule principios con intereses concretos. Esta carencia es especialmente preocupante para un país como Costa Rica, que carece de instrumentos duros de poder y cuya principal herramienta de defensa ha sido históricamente el derecho internacional, en un contexto global donde la fragmentación, la competencia estratégica y la disputa por recursos adquieren cada vez mayor centralidad.

La consecuencia es una política exterior que tiende a reproducir narrativas predefinidas, así como a adoptar posturas y enemigos ajenos de una manera peligrosa e innecesaria, más que a responder a un análisis estratégico propio basado en intereses nacionales. Esta limitación es, a su vez, aprovechada por potencias como Estados Unidos, que encuentran un terreno propicio para proyectar su influencia utilizando a gobiernos de turno afines y sin ningún sentido de patriotismo, pragmatismo o visión objetiva de la realidad internacional.

En última instancia, esto evidencia no solo una dependencia ideológica, sino también una ausencia o insuficiente comprensión de la dinámica real del sistema internacional contemporáneo, donde son los intereses y no las adhesiones doctrinarias los que determinan el comportamiento de los Estados.

La clase política costarricense, en términos generales, debe comprender que en el mundo actual, y con mayor razón en el que se está configurando, la capacidad de sostener relaciones equilibradas con múltiples actores es una condición indispensable para la supervivencia estratégica. La política internacional no se rige por afinidades ideológicas ni por valores compartidos, sino por intereses, equilibrios y márgenes de maniobra.

En ese contexto, establecer vínculos con países que piensan y operan desde lógicas distintas no implica una renuncia a la identidad ni a los principios propios. Del mismo modo en que en el ámbito económico se interactúa con actores diversos sin que ello suponga una claudicación ética, en el plano internacional la pluralidad de relaciones no debilita, sino que puede fortalecer la autonomía. Confundir apertura estratégica con pérdida de valores es, en última instancia, una limitación que reduce la capacidad del país para insertarse con inteligencia en un sistema internacional cada vez más complejo y competitivo.

América Latina y el Caribe en la encrucijada

En medio de esta transición histórica, América Latina y el Caribe vuelve a ocupar un lugar central. No como sujeto, sino como espacio en disputa. Para Estados Unidos, la región continúa siendo concebida bajo una lógica de seguridad hemisférica, donde persiste, con nuevas formas, el espíritu de la Doctrina

Monroe. América Latina es vista como una zona de contención, un amortiguador geopolítico y una reserva estratégica de recursos.

Por otro lado, China, por ejemplo, propone una narrativa distinta: cooperación Sur-Sur, respeto a la soberanía y desarrollo compartido. Su aproximación, centrada en infraestructura, financiamiento y vínculos comerciales, resulta atractiva para muchos países de la región. Sin embargo, sería ingenuo interpretar esta relación en términos puramente altruistas. China también responde a intereses estratégicos claros, principalmente de carácter geoeconómico, pero su trato y forma están basados en el respeto mutuo y la no imposición.

Aquí radica el dilema latinoamericano. La discusión no debería centrarse en elegir entre Washington, Pekín o cualquier otro. Ese es un falso dilema. La verdadera cuestión es cómo construir una posición propia en un entorno de competencia entre grandes potencias. La soberanía, en este contexto, no puede entenderse como aislamiento. Tampoco como neutralidad pasiva. La soberanía real implica autonomía estratégica: la capacidad de definir intereses, negociar con múltiples actores y evitar dependencias estructurales, incluidas las ideológicas.

El principal obstáculo para América Latina no es externo, sino interno. La fragmentación regional, la débil integración económica, la dependencia tecnológica y la ausencia de un proyecto común limitan su capacidad de actuar como un bloque con peso propio, civilizatorio. Sin una base interna sólida, cualquier relación con potencias externas tenderá a reproducir dinámicas de subordinación.

Y, sin embargo, la oportunidad es histórica. Por primera vez en décadas, el sistema internacional ofrece márgenes reales de maniobra. La competencia entre potencias abre espacios que pueden ser aprovechados si existe claridad estratégica, para impulsar desarrollo, diversificar alianzas y fortalecer la soberanía. Pero esta oportunidad no es automática. La multipolaridad no garantiza equilibrio ni justicia. Como todo proceso histórico, puede derivar tanto en un orden más plural como en una nueva forma de hegemonismo, más difuso, pero igualmente restrictivo.

Ahora ya no es Costa Rica quien está en la encrucijada, como se titula el libro de Rodolfo Cerdas, sino América Latina y el Caribe, quien se enfrenta a una encrucijada histórica. Puede continuar siendo un territorio sobre el cual otros proyectan sus intereses, o puede asumirse como un actor con voz propia en la configuración del nuevo orden mundial. Esto no se trata de una simple disputa entre potencias, sino de una corrección sistémica: una reacción profunda del sistema internacional frente a la pretensión de un orden único.

Superar el globalismo, regresar a lo propio

Superar el globalismo como ideología implica reconocer, en primer lugar, las tensiones que él mismo ha generado. Al proyectar un modelo universal sustentado en el individuo abstracto, el mercado desregulado y una normatividad cultural homogénea, ha entrado en fricción con realidades históricas concretas que no pueden ser reducidas ni subsumidas sin costo. Esas tensiones, lejos de disiparse, se han acumulado a lo largo del tiempo hasta volverse estructurales.

Hoy, sus efectos son claramente visibles: asistimos a una revalorización de la soberanía como principio ordenador, al resurgimiento del Estado como actor estratégico central, a la consolidación de bloques regionales que buscan articular intereses propios, y a la fragmentación progresiva del orden global en múltiples centros de poder. Lejos de constituir anomalías, estos fenómenos expresan una recomposición profunda del sistema internacional.

Este proceso no es accidental ni meramente coyuntural. Se trata de una reacción orgánica frente a un modelo que, en su pretensión de universalidad, ha terminado por erosionar las bases mismas de la diversidad civilizacional. En ese sentido, la superación del globalismo no pasa por negar la interdependencia global, sino por reequilibrarla desde el reconocimiento de las particularidades históricas, culturales y políticas que configuran un mundo inevitablemente plural.

De este modo, la multipolaridad se presenta no como una amenaza, sino como una oportunidad para superar el globalismo en su dimensión ideológica, al abrir espacio a un auténtico pluralismo civilizacional. Lejos de implicar caos o desorden, la multipolaridad puede llegar a expresar una forma de pluralidad estructurada, donde se reconoce la existencia de distintos centros de poder que

operan desde tradiciones propias, modelos políticos diferenciados y concepciones diversas del orden social.

El retorno al regionalismo y a la soberanía no debe interpretarse como un retroceso histórico, sino como un proceso de reequilibrio necesario frente a las pretensiones homogeneizadoras del orden anterior. La globalidad, como condición estructural del mundo contemporáneo, no desaparece, la interconexión sigue siendo un hecho, pero su gestión deja de estar concentrada en una única matriz ideológica y se redistribuye entre múltiples actores que buscan afirmar sus propios marcos de sentido y sus intereses estratégicos. De este modo, la multipolaridad no niega la globalidad: la reordena sobre bases más plurales y menos totalizantes.

El globalismo, en su pretensión universalista, tiende a negar la legitimidad de modelos alternativos, pues la lógica global es total, no puede haber nada fuera, todo debe estar dentro. La multipolaridad, en cambio, exige aceptar la coexistencia de diferencias irreductibles, así como del reconocimiento del otro.

Siguiendo a Cerdas en su análisis, la globalización no es un destino cerrado. Es un proceso dinámico, contradictorio, abierto a la acción humana. La ideología globalista, en cambio, busca clausurar esa posibilidad al presentarse como única vía racional. De ahí la validez actual de la reflexión de este autor, pues permite establecer una distinción analítica fundamental para comprender la crisis contemporánea: no es lo mismo la globalización como fenómeno objetivo, ni la globalidad como condición estructural del mundo actual, que el globalismo como construcción ideológica. Esta diferenciación, lejos de ser meramente académica, abre la puerta a una interpretación más profunda sobre la naturaleza del orden dominante.

Conclusión

Volver a Rodolfo Cerdas no es un ejercicio de mera referencia académica, sino un acto de reconocimiento intelectual y orgullo académico nacional. La distinción que él formuló entre globalización, globalidad y globalismo no solo conserva vigencia, sino que se revela hoy como una herramienta analítica indispensable

para comprender la crisis mundial contemporánea. Lo que en su momento fue una intuición rigurosa, casi anticipatoria, se confirma en el presente como una clave interpretativa central: el problema no es la interconexión del mundo, sino la pretensión de convertir esa realidad en un proyecto ideológico único, cerrado y excluyente.

A partir de ese punto de partida, esta reflexión no hace sino extender y profundizar una línea de pensamiento que Cerdas abrió con claridad. Su aporte permitió identificar que detrás de los procesos globales existe una disputa por el sentido, por la legitimidad y, en última instancia, por el poder. Hoy, en un contexto marcado por la erosión del orden unipolar y la emergencia de una dinámica multipolar, esa distinción adquiere una dimensión aún más relevante.

El globalismo, entendido como ideología, ha comenzado a evidenciar con claridad sus propios límites: en el plano cultural, al erosionar los vínculos de arraigo tradicional, identidad y continuidad de cada pueblo; en el político, al imponer lógicas de homogeneización que diluyen las particularidades históricas; y en el geopolítico, al intentar universalizar un modelo específico, presentándolo como norma general, cuando en realidad opera como vehículo para la proyección de intereses concretos de determinados centros de poder.

Frente a ello, la multipolaridad emerge no como una solución automática, sino como la apertura de un nuevo campo de posibilidades, donde la diversidad civilizacional, la soberanía y la pluralidad de modelos vuelven a tener lugar.

En este tránsito, la tarea no consiste en negar la globalidad, sino en liberarla de su captura ideológica. Se trata de recuperar la capacidad de pensar el mundo desde lo propio, sin caer en aislamientos estériles ni en subordinaciones acríticas. Y es precisamente aquí donde el legado de Rodolfo Cerdas adquiere su mayor valor: haber proporcionado, desde el pensamiento costarricense, una base conceptual sólida para entender que la historia no ha terminado, que las ideologías no han desaparecido, y que el orden global sigue siendo un espacio abierto, en disputa y, sobre todo, transformable.

Si hoy es posible articular una crítica costarricense al globalismo y pensar en alternativas desde la soberanía y la pluralidad, es en gran medida porque propuestas analíticas como las de Cerdas trazaron ese camino con anticipación.

Este texto, en ese sentido, no es un punto de llegada, sino una continuación de esa obra intelectual: un intento por desarrollar, en el contexto actual, las implicaciones de una idea que sigue demostrando su profundidad y vigencia.

Referencias

- Anders, G. (2007). *Filosofía de la situación*. Editorial Catarata.
- Bauman, Z. (2015). *La globalización: Consecuencias humanas*. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2015). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Blanco, C. X. (2022). *El marxismo no es de izquierdas*. EAS.
- Campbell, J. (2024). *Mito y sentido: Conversaciones en torno a la mitología y la vida*. Atalanta.
- Cerdas Cruz, R. (2010). *Costa Rica en la encrucijada: Globalización, identidad y democracia*. Editorial Juricentro.
- Dugin, A. (2017). *Teoría del mundo multipolar*. Ediciones Fides.
- Fisher, M. (2014). *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?* Caja Negra.
- Guénon, R. (2002). *La crisis del mundo moderno*. Ediciones Obelisco.
- Han, B.-C. (2022). *Capitalismo y pulsión de muerte*. Herder.
- Maupin, C. T. (2025). *The regime change industry: The woke left, Samantha Power and the deep state*. The Center Political for Innovation.
- Ramírez Núñez, M. (2025). *Herejías contra el caos: Ideas para un mundo fragmentado*. Ediciones Independiente.
- Ratzinger, J. (2003). *Truth and tolerance: Christian belief and world religions*. Ignatius Press.

Sobre el autor

Magister Mauricio Ramírez Núñez.

Especialista en estudios latinoamericanos, análisis geopolítico y relaciones internacionales.

Contacto: ramirez.mauricio@hotmail.com

Página web: www.voluntadypensamiento.com



Mauricio Ramírez
Voluntad y pensamiento